

Juan de Dios, y una reventó é hizo bastante daño en la iglesia de la Merced (13 de marzo). Pocos sin embargo de estos proyectiles reventaban, pues para hacerlos alcanzar era menester macizarlos con plomo, dejando solo un pequeño hueco en que cabia muy poca pólvora. Invento antiguo, dicen, de un español, que perfeccionó ahora, añaden, otro oficial español al servicio del enemigo. Al principio parece que los franceses no tenían mas que tres malos morteros para lanzar esta clase de proyectiles, pero que despues los aumentaron y mejoraron.

Para neutralizar el mal efecto de la expedición de Peña, dispúose otra al condado de Niebla al mando del general Zayas, de quien declararon las córtes que aun podia emplearle la Regencia en lo que juzgara útil. La division expedicionaria se componia de 5,000 infantes y 250 jinetes, y habia de operar de acuerdo con don Francisco Ballesteros, que, como hemos dicho, guerreaba por allí dándose la mano con Copons. Mal principio tuvo esta empresa, puesto que habiendo desembarcado el 19 (marzo) á la inmediación de Huelva, el 23 tuvo que reembarcarse y acogerse á la isla de Carcajera, abandonando los caballos; porque antes de poder unirse Zayas con Ballesteros, se interpusieron los franceses reforzados con tropas suyas de Extremadura. Ballesteros tampoco dió trazas de querer incorporarse con Zayas, ni menos de cooperar á sus fines; así que todo lo que él pudo hacer desde la mencionada isla fué coger á los franceses en Moguer unos 100 prisioneros, y recobrar algunos de sus caballos; con lo que se volvió á Cádiz (31 de marzo), no sin riesgo de perecer los buques en que se trasportaba, á causa de un furioso temporal que le sobrevino en aquella costa, como perecieron chocando ó encallando en ella no pocos buques mercantes, con centenares de personas.

Veamos ya cómo fué la retirada famosa del mariscal Massena de Portugal, que dejamos anunciada, y el término de aquella invasion célebre en el reino lusitano, de que Napoleón esperaba la expulsion y destruccion total de los ingleses y la ocupacion definitiva y tranquila de toda España.

Imposibilitado ya Massena de subsistir por mas tiempo en sus estancias de Santaren, agotados todos los recursos del país, mermadas por las enfermedades sus tropas y con facilidad de acrecer sus fuerzas y sus medios el ejército británico, resolvióse al fin á emprender su retirada, haciéndolo con el sigilo, con las precauciones, con la habilidad estratégica propia de un experimentado y previsor general, enviando silenciosamente delante los heridos y los bagajes, y todo lo pesado y embarazoso (4 de marzo), simulando despues encaminarse á cruzar el Tajo para dirigirse al Mondego, dando las órdenes convenientes á generales disgustados y descontentadizos que repugnaban someterse unos á otros, aprovechando luego las ventajas de la movilidad francesa sobre la circunspecta lentitud de los ingleses, y salvando en fin las dificultades del terreno, de las escaseces, de las discordias de los suyos y de la persecucion de un enemigo superior, con la audacia y la prudencia de un consumado general en jefe. Dos dias hacia que habia Massena levantado su campo cuando se apercebió de ello lord Wellington, é incierto al principio acerca de su movimiento, y cauto y circunspecto siempre, no queriendo precipitarse nunca, resolvió seguir paso á paso al francés estrechándole de cerca, y pronto á sacar partido de la primera falta que este pudiera cometer en su marcha retrógrada.

No nos incumbe seguir los pasos de ambos ejércitos en cada una de sus jornadas desde el 5 de marzo en que se movió el francés hasta el 5 de abril en que logró asomar otra vez á la frontera de Castilla; ni describir los obstáculos que el ejército imperial tuvo que vencer en cada etapa, del Tajo al Mondego, del Mondego al Deuza y del Deuza al Alba; ni referir el pormenor de los encuentros y acciones que tuvo que sostener en Pombal, en Redinha, en Coudeira y en Casal-Novo. Mas no podemos dejar de notar algunas de las circunstancias y singularidades que dieron celebridad en los anales de la guerra á esta retirada, que ni se pareció á la de Junot saliendo de Lisboa despues de una capitulacion, ni á la de Soult cuando retrocedió de Oporto sin artillería y en el mas lastimoso y deplorable estado, si bien ahora como en aquellas dos ocasiones se vió cuán fatal era el suelo portugués para las armas francesas.

Mucha serenidad, mucha inteligencia y mucha maestría necesitó desplegar, y mucha desplegó en efecto el mariscal Massena en esta célebre retirada, para que el antiguo defensor de Génova, para que el vencedor de Zurich y libertador de la Francia, para que quien contaba en su carrera tantos triunfos que le designaban las gentes con el nombre de *hijo mimado de la victoria*, no perdiera, antes bien conservara en medio de un gran contratiempo la reputacion de capitán insigne, y de los mas insignes del siglo. Despues de haberse mantenido cerca de seis meses en las posiciones del Tajo, en una de las situaciones mas difíciles en que puede verse un general en jefe, sin viveres, sin comunicaciones, sin noticias, siquiera de la Francia, hacer una retirada de sesenta leguas, por un país arruinado y estéril; con soldados andrajosos ó desnudos; con generales descontentos, á veces insubordinados y desobedientes, como Reynier y Drouet, que sobre faltar á sus órdenes daban mal ejemplo á jefes y á tropa murmurando de su viejo general; acosado dias y dias por retaguardia y flancos por dobles fuerzas enemigas, bien vestidas y alimentadas, conducidas por un general entendido y prudente, protegido por los naturales del país; teniendo que sustentar recios combates, en que por fortuna suya brilló con el arrojo y la pericia de siempre el mariscal Ney, jefe del cuerpo que cubria la retaguardia; sin perder ni bagajes ni heridos; trepando sierras, cruzando rios, y franqueando desfiladeros; prontos los soldados á batirse cuando el cañon retumbaba, ó resonaba el clarín, y firmes en presencia del enemigo, pero desbandándose como manadas de hambrientos lobos, cuando el peligro pasaba, y derramándose por la tierra en busca de alimento; bien necesitó Massena acreditar sus profundos conocimientos militares y mostrar grandeza de alma para sacar ilesa de una campaña desastrosa su reputacion de gran guerrero y de triunfador afortunado.

Cierto que el ejército francés fué dejando en todos aquellos infortunados países horribles huellas de sangre, de incendio, de desolacion y de muerte, cuyo relato hace estremecer. Presa de las llamas poblaciones enteras, martirizados y degollados sin piedad los moradores que se descubian en abandonarlas, contemplábase felices los que lograban ganar las crestas de los montes llevando sobre sus hombros los ancianos, los enfermos y los inocentes párvulos. Mansion hubo en que se descubrieron hasta treinta cadáveres de mujeres y de niños. Las chozas de las aldeas, los palacios de las ciudades, los monasterios solitarios, todo era igualmente saqueado y entregado despues al fuego; ni los sepulcros eran respetados, ni á las cenizas de los muertos se les dejaba reposar, antes se las esparcia al viento, como sucedió con los cadáveres de los reyes de Portugal sepultados en el monasterio de Alcobaza. «Los lobos se agolpaban en manadas, dice un erudito historiador, donde como apriscados, de monton y sin guarda, yacian á centenares cadáveres de racionales y de brutos. Apurados los franceses y caminando de priesa, tenian con frecuencia que destruir sus propias acémilas y equipajes. En una sola ocasion toparon los ingleses con 500 burros desjarretados, en lánguida y dolorosa agonía, crueldad mayor mil veces que la de matarlos.» Que los soldados se desbandaran á pillar cuanto pudieran, tenia alguna disculpa en la miseria y el hambre. Pero habíanse hecho además murmuradores, maldicientes y licenciosos; con irreverente lenguaje y dicharachos groseros desgarraban la fama de su general en jefe, en otro tiempo tan respetado: alentábalos tambien á ello la manera inconsiderada de producirse los oficiales y generales, y en verdad el mismo Massena dió ocasion y pábulo á una crítica que tanto le desprestigiaba (5).

(1) «Viejo ya, dice un historiador francés, y no habiendo gozado de reposo en cuatro lustros, incurrió en la debilidad de buscar alivio á sus prolijos trabajos en placeres poco adecuados á su edad, y de los cuales sobre todo no conviene hacer testigos á los hombres sobre quienes se ejerce el mando. Llevo consigo una mujer que no le abandonó en toda la campaña, y cuyo carruaje hubieron de escoltar á menudo los soldados por medio de caminos difíciles y peligrosos. En la victoria se rien los soldados de los caprichos de sus jefes, al paso que los miran como crimenes si se les tuerce la fortuna.»

Si pudo ó no Wellington aprovechar mas las ventajas del número y del estado de sus fuerzas y de la proteccion del país, para hacer mas daño al ejército francés en tan penosa y larga retirada y en tan desfavorables condiciones, asunto fué que ocupó á los críticos, y á los entendidos en el arte de la guerra, y problema que muchos resolvieron en contra de la excesiva prudencia y cautelosa circunspeccion del general inglés, que hasta pudo desprenderse del cuerpo de Beresford para enviarle á España, como veremos luego, sin debilitar su fuerza, puesto que vino á reemplazarle otro de cerca de 10,000 hombres llegados de Inglaterra de refresco.

Para mayor disgusto y quebranto de Massena, cuando se hallaba ya próximo á la frontera de Castilla, cuando pensaba trasponer la sierra de Gata para caer sobre Extremadura, cuando habia señalado á sus tres cuerpos los cantones adecuados para los planes que se proponia ejecutar y de que él se prometia resultados prósperos, traslucidos sus designios causaron desagrado en el cuerpo de Reynier; mas todavía en el de Junot, y mucho mas en el de Ney, que sirviendo desde el principio de mala gana á las órdenes de Massena, sublevándose á la idea de hacer con él otra campaña, y alentado con su popularidad y con las quejas que del general en jefe en su derredor oía, buscó pretexto para desobedecerle, siquiera rompiese abiertamente con él, como al fin se verificó, separándose del 6.º cuerpo, de aquel excelente cuerpo de veteranos que tan grandes servicios habia hecho al ejército en la retirada. Sucedióle en el mando el general Loisson. Mucho quebrantó á Massena la separacion de un jefe tan distinguido y tan importante como Ney tras las disidencias y la torcida disposicion de otros generales.

Y á pesar de esto, todavía cuando el ejército anglo-portugués apareció en Celórico y sus cercanías, y se propuso desalojar á Massena de la ciudad de Guarda y sus contornos (29 de marzo), cuando colocados ingleses y franceses en las opuestas márgenes del Coa quiso Wellington cruzar este rio simultáneamente por la parte de Almeida y por la de Sabugal, todavía, decimos, tuvo que sostener aquí un recio combate (3 de abril), en que si bien logró hacer á los franceses abandonar aquellas posiciones, fué á costa de sufrir una pérdida considerable. Despues de esto, franqueó al fin Massena la frontera de Portugal, y al cabo de seis meses de padecimientos volvió á pisar la tierra de España, habiendo salvado á fuerza de paciencia, de maña y de talento sobre 45,000 hombres, de los 70 ú 80,000 que sin duda, incluyendo los refuerzos, habian entrado en Portugal. Distribuyó ahora sus tropas y estableció sus acantonamientos entre Almeida, Ciudad-Rodrigo, Zamora y Salamanca, á cuya última ciudad se dirigió él personalmente. Mandaba entonces allí el mariscal Bessieres, como general en jefe del Norte de España, recién nombrado por Napoleón, comprendiendo bajo su mando las Provincias Vascongadas, Burgos, Valladolid, Salamanca, Zamora y Leon. Entendióse con él Massena para sus ulteriores planes, sin perjuicio de enviar á Paris un oficial de su confianza para que informase al emperador de las causas de su retirada, de las que le estorbaron establecerse junto al Mondego, de las que le impedian marchar sobre el Tajo, de las lamentables desavenencias ocurridas entre él y Ney, de las urgentes necesidades del ejército, y de los refuerzos y auxilios de que habia menester para emprender nueva campaña.

Volviendo ya á Extremadura donde dejamos las plazas de Badajoz, Olivenza y Campomayor en poder de los franceses, plazas que Wellington ofreció socorrer, y á cuyo fin indicamos haber enviado al general Beresford, sucesor de Hill, ignorando entonces haber sido ya tomadas, vino en efecto el general inglés, y púsose primeramente delante de Campomayor (25 de marzo). Evacuáronla á su vista los franceses, á quienes, embarazados con el gran convoy que de ella sacaron, persiguió y desconcertó el inglés; mas como el ardor llevara á sus jinetes hasta los muros de Badajoz, sufrieron frente á aquella plaza un gran descalabro. Intentó luego cruzar el Guadiana echando un puente de barcas; pero ejecutada esta operacion con una lentitud que acaso él no pudo evitar, é inutilizado el puente despues de construido por una avenida que destruyó en una sola noche la obra de muchos dias, tuvo

que pasar su gente en balsas con la pausa propia de este género de trasporte (del 5 al 8 de abril).

Habia reemplazado al marqués de la Romana en el mando militar de Extremadura como general en jefe del 5.º ejército (1), don Francisco Javier Castaños, que ocupó á Alburquerque y Valencia de Alcántara, y habia dividido sus fuerzas en dos cuerpos, al mando el uno de don Pablo Morillo, el otro de don Carlos España, y puesto la caballería á cargo del conde Penne Villemur: así como sucedió el general Latour-Maubourg en el mando del 5.º cuerpo francés que operaba en Extremadura al mariscal Mortier que por este tiempo regresó á Francia. Natural era que procuraran entenderse y concertar sus movimientos los generales aliados, y así lo hicieron Castaños y Beresford, colocándose donde pudieran cortar las comunicaciones de Latour-Maubourg, que se hallaba en Llerena, con Badajoz. Beresford atacó y recobró la plaza de Olivenza (15 de abril), haciendo prisionera la corta guarnicion que en ella habia, y revolviendo luego los aliados hacia Llerena, hicieron á Latour-Maubourg retroceder á Guadalcanal. En cuanto á Badajoz, vino el mismo Wellington desde sus cuarteles á hacer sobre ella un reconocimiento (22 de abril), y despues de dejar recomendado á Beresford el modo y plan de acometerla, regresó á las posiciones en que antes le dejamos sobre el Coa.

Por este tiempo (y es curioso incidente de este glorioso período de nuestra historia) habia solicitado el embajador de Inglaterra marqués de Wellesley de la Regencia española que se diese á su hermano lord Wellington el mando de las provincias limítrofes de Portugal, so pretexto de emplear así mejor los recursos y combinar mas acertadamente las operaciones de la guerra. Contestóle la Regencia, que siendo esta una lucha popular, y teniendo aversion los españoles á sujetarse á un gobierno extranjero, no podia acceder á su propuesta, porque tal condescendencia se interpretaria como un acto de debilidad; pero que pondría á su lado un general español que obrase de acuerdo con el inglés en el mando de aquellas provincias y ejércitos. Y como hubiese muerto por entonces el duque de Alburquerque, confirió la Regencia el mando de Galicia y Asturias al general Castaños, reteniendo el de Extremadura. No satisfecho de esta respuesta el embajador británico, insistió en su primera pretension, indicando que de negarse lo que para su hermano pedia, cesarian los auxilios que hasta ahora habia estado Inglaterra prestando á España. La Regencia contestó con la misma firmeza; el asunto fué llevado á las córtes, y se trató muy seriamente en varias sesiones secretas, que duraron desde el 26 de marzo hasta el 4 inclusive de abril. En una de ellas, á peticion del Congreso, se presentaron con toda solemnidad los regentes á dar cuenta de las razones de su negativa á la nota del embajador británico.

El presidente Blake manifestó, con una entereza y un patriotismo que honrará perpetuamente su memoria, la necesidad y obligacion que la nacion tenia de no entregarse ni en todo ni en parte á una dominacion extranjera, la sensacion que esto produciria en el pueblo español, y el abuso que de ello podrian hacer nuestros enemigos para inspirar desconfianza en el gobierno. Sus compañeros Agar y Ciscar le sostuvieron, añadiendo que valdria mas perecer con honra que causar á España semejante afrenta. Y como el presidente de la cámara les preguntase con qué recursos contaba el gobierno para continuar la guerra, en el caso de que aquella contestacion retrajera á la Gran Bretaña de seguir prestándonos sus auxilios, respondió con energia Blake: «No temo que lleve este caso, porque tengo por cierto que en auxiliarnos hacen los ingleses su propia causa: mas aun cuando así fuese, no debemos olvidar que la nacion en su primer impulso no

(1) Por decreto de 16 de diciembre de 1810 habia distribuido el Consejo de Regencia toda la fuerza militar de España en seis ejércitos, á saber: 1.º de Cataluña; 2.º de Aragon y Valencia; 3.º de Murcia; 4.º de la Isla y Cádiz; 5.º de Extremadura y Castilla; y 6.º de Galicia y Asturias. Despues se añadió el 7.º de las Provincias Vascongadas y Navarra. Pero precisamente en estos dias se propuso á las córtes (sesion del 26 de marzo) que todos los ejércitos se redujeran á tres.

contó con auxilio ninguno de la tierra, y así proseguiría aun cuando se viese abandonada de su aliado.» Estas palabras causaron viva sensación y hasta entusiasmo en los distinguidos españoles allí reunidos; y aunque todavía fué este asunto objeto de discusión, y algunos manifestaron temores y recelos de causar enojo al gobierno británico, concluyeron las cortes por aprobar la conducta de la Regencia (1).

Repuesto y descansado ya algún tanto el ejército francés, y provisto de mantenimientos en la fértil Castilla, determinó Massena moverse para socorrer y avituallar la plaza de Almeida (23 de abril), que el general inglés Spencer tenía estrechamente bloqueada. A falta de los soldados que aun no estaban en aptitud de hacer un servicio activo y de sufrir las fatigas de una nueva campaña, uniéronse el mariscal Bessieres con algunas de sus tropas de Castilla, entre ellas la lucida y famosa artillería y caballería de la guardia imperial: de modo que volvió á reunir Massena hasta 40,000 hombres útiles y dispuestos para todo. Wellington, que se había situado entre los ríos Doscasas y Turones, contaba sobre 35,000, después de la separación de Beresford, repartidos en tres divisiones (2). Auxiliábale á cierta distancia el intrépido caudillo español don Julian Sanchez con su cuerpo franco. Noticioso Wellington de los preparativos y movimientos de Massena, tomó sus posiciones y se preparó á la acción. El 2 de mayo cruzaron los franceses el Azava, y el 3 atacaron impetuosamente el pueblo de Fuentes de Oñoro situado en una hondonada á la izquierda del Doscasas, apoderándose de la parte baja del pueblo, de donde sin embargo los arrojaron luego los ingleses, obligándolos á reparar el río. El 4 llegó Massena, acompañado de Bessieres con su brillante guardia imperial, y en la mañana del 5 comenzó formalmente la acción atacando el tercer cuerpo francés por la parte de Pozovelho, y embistiendo la caballería de Montbrun en un llano á los jinetes de don Julian Sanchez.

No hay para qué describir todas las maniobras de unos y otros en el combate de este día. Wellington reconcentró sus fuerzas en Fuentes de Oñoro, de cuyo pueblo tomó el nombre la batalla, por haber sido allí donde se sostuvo con mas empeño la pelea, pugnando los franceses por apoderarse de la altura que dominaba la población, y que se había hecho en realidad el centro de los ingleses, sin dejar por eso de combatir en ambas alas. Duró esta reñidísima acción hasta la noche, concluyendo por reponer los franceses el Doscasas, y quedando los ingleses en la altura de Fuentes de Oñoro, sin que ni unos ni otros ocupasen la parte de población situada en lo hondo. El resultado de la batalla, si bien puede decirse que quedó indeciso, fué mas favorable á los ingleses, que al fin lograron impedir el socorro de Almeida, uno de sus objetos principales. Mas no por eso se atrevió Wellington á renovar el combate, y lo que hizo fué atrincherarse fuertemente en su posición. Tranquilos los franceses en las suyas el 6 y el 7, retiráronse el 8 por el Agueda sin ser molestados. No correspondieron, á juicio de los entendidos, los dos generales en jefe en la batalla de Fuentes de Oñoro, ni á su reputación de circunspecto el inglés, ni el francés á la suya de vigoroso y atinado. Los de su nación achacan la flojedad y poco acuerdo de algunos de sus generales en aquel día á desánimo y disgusto, por saber ya que iban á ser reemplazados, como lo fueron en efecto muy pronto, Junot, Loisson, y el mismo Massena (3).

(1) Villanueva. Viaje á las cortes.—El conde de Toreno, que cuenta este suceso muy sucintamente, dice que los tres regentes adolecieron en esta ocasión de humana fragilidad. «Blake (añade), irlandés de origen, y marinos Agar y Ciscar, resintieron, el uno de las preocupaciones de familia, los otros dos de las de la profesión.»—Nosotros creemos que los tres obraron como excelentes patriotas y como buenos españoles.

(2) Muy rara vez logra saber el historiador la verdadera fuerza numérica de los ejércitos. En esta ocasión, por ejemplo, las historias francesas dan al ejército de Wellington 50,000 hombres, las inglesas le reducen á 29,000. Los franceses dicen que no llegaban á 35,000 los de Massena, los nuestros los hacen pasar de 45,000. El historiador imparcial, á falta de otros datos, tiene muchas veces que recurrir al cálculo prudencial fundado en el cotejo de unos y otros, contando con la exageración apasionada que por desgracia se observa en los escritores de cada país.

(3) Relacion de la batalla por el general Pelet, edecan de Massena.

Este último dió orden al gobernador de Almeida, general Brenier, para que evacuara la plaza al frente de la guarnición, volando sus muros; y en efecto, el 10 de mayo, después de haber practicado las convenientes minas, salió Brenier al frente de 1,200 hombres que tenía, reventaron tras él las minas, derrumbáronse con estrépito las fortificaciones, y él, abriéndose paso con intrepidez por entre los puestos enemigos, logró incorporarse al general Reynier en San Felices. Massena había pasado á Ciudad Rodrigo, donde recibió la orden imperial que le llamaba á Francia (11 de mayo). Aquel mismo día entregó el mando del ejército al mariscal Marmont, duque de Ragusa, quien volvió á establecer sus acantonamientos en las cercanías de Salamanca. Drouet con el 9.º cuerpo se encaminó á Extremadura y Andalucía. Wellington con su ejército anglo-lusitano se acantonó entre el Coa y el Doscasas, hasta que á pocos días los sucesos le obligaron á moverse hacia Extremadura.

Dejamos en esta provincia la plaza de Badajoz, antes tomada por los franceses, acometida ahora por el general inglés Beresford, auxiliado por el 5.º ejército español que mandaba Castaños, y principalmente por el jefe de la primera división don Carlos de España. Punto era este que había de atraer en apoyo de unos y de otros respetables fuerzas enemigas, y cuya concurrencia había de producir un choque terrible.

Convencido el gobierno de la necesidad y conveniencia de enviar en ayuda de Castaños las tropas que pudieran sacarse de Cádiz, acordó preparar una expedición; y las cortes, queriendo poner al frente de ella un general de toda confianza y al que los demás jefes se sometiesen de buen grado, eligieron al general Blake, presidente de la Regencia, dispensando en esta ocasión la ley que prohibía á los regentes todo mando militar: distinción tanto mas notable, cuanto que hacia muy poco tiempo que las cortes se habían negado á admitir la renuncia que el mismo Blake con su natural modestia había querido hacer del cargo de Regente (4). Partió pues este honrado y activo militar de Cádiz para el condado de Niebla, donde debían reunirse las tropas destinadas á la expedición, en número de 12,000 hombres, en tres divisiones, mandadas la una por el teniente general don Francisco Ballesteros, las otras dos por los mariscales de campo don José de Zayas y don José de Lardizabal, capitaneando la caballería don Casimiro Loi. El 10 de mayo se hallaba ya el ejército expedicionario acantonado en Monasterio, Fregenal, Jerez de los Caballeros y Montemolin. El 8 había el general inglés Beresford abierto trinchera en la plaza de Badajoz por delante de San Cristóbal. El 14 se reunieron en Valverde de Leganés Beresford, Castaños y Blake, concertaron el plan de operaciones, para el cual había enviado ciertas bases lord Wellington, y conforme á él partieron el 15 las tropas para la Albuera, donde al amanecer del siguiente día llegaron y se les reunieron una división inglesa mandada por el general Kole, y la primera de nuestro 5.º ejército que regia don Carlos de España, con seis piezas de artillería.

(4) Hizo Blake la renuncia con la ocasión y del modo siguiente.—En 10 de febrero de este año oficiaron las cortes á la Regencia, para que les manifestase cuáles eran á su juicio las causas de nuestras lamentables pérdidas, así de hombres como de plazas, y los medios que convendría emplear para remediarlo. La Regencia, y en su nombre Blake como presidente, contestó en 15 del mismo mes, exponiendo con lealtad y sinceridad las causas y los remedios posibles, y confesando que en la designación de unas y de otros no emitía, ni podía emitir, ideas que no estuvieran al alcance de los hombres ilustrados y conocedores de las circunstancias de la nación. Al final de este documento, que tenemos á la vista, exhortando Blake á las cortes á que procuraran emplear los hombres según su aptitud, «porque ni todos los valientes, decía, son útiles para mandar, ni todos los buenos patriotas son á propósito para administrar.» concluía rogando le fuese admitida la dimisión de su cargo de regente. «No soy tan modesto, decía, que no me crea con derecho para ser reputado hombre recto y amante de la patria: como tal aseguro á V. M. que no soy á propósito para este elevado destino, y es de la obligación de V. M. colocar en este puesto á otro que le llene mas dignamente, como lo ha sido en mí el manifestarlo luego que me ha confirmado la experiencia en una opinión que no dejaba ya de ser la mia cuando fui sorprendido con el aviso honroso de mi nombramiento.»

El 17 contestaron las cortes no admitiendo su dimisión.

Pero tambien á los franceses les estaba llegando gran refuerzo. El mariscal Soult, duque de Dalmacia, no bien había regresado á Sevilla después de apoderarse de Badajoz, cuando ya tuvo que pensar en volver á Extremadura en socorro de aquella misma plaza amenazada por los aliados. Así fué que procurando dejar amparadas las líneas de Cádiz y la Isla y poner la misma ciudad de Sevilla al abrigo de una sorpresa, recogió cuanta gente pudo de los cuerpos 1.º y 4.º que mandaban Victor y Sebastiani, y con la brigada del general Godinot presentóse en Extremadura, donde se le reunió Latour-Maubourg. Tomó el mando del 5.º cuerpo el general Girard. El 15 de mayo se hallaba Soult en Santa María, á tres leguas de distancia de los aliados, con 20,000 infantes 5,000, jinetes y 40 cañones (1). Los aliados no habían hecho nada delante de Badajoz, á pesar de haber abierto trinchera: los ingenieros ingleses no dieron grandes muestras de pericia, y al acercarse Soult deserció Beresford la plaza después de haber perdido inútilmente 700 hombres. Todo anunciaba que el verdadero choque entre ambos ejércitos iba á ser en la Albuera. Aquí juntaron los aliados sobre 31,000 hombres, de ellos casi la mitad españoles, los demás ingleses y portugueses.

El pequeño lugar de la Albuera, á cuatro leguas de Badajoz, en la carretera de esta ciudad á Sevilla, está situado á la izquierda del riachuelo de aquel mismo nombre, formado de los arroyos Nogales y Chicapierna, en una vega que se eleva por ambos lados insensiblemente, y por la izquierda constituye unas lomas con vertientes á la otra parte, por donde corre el arroyo Valde Sevilla. A la espalda de esta pequeña loma y en dirección paralela al riachuelo se situó el ejército aliado al amanecer del 16, en aptitud de esperar la batalla: el cuerpo expedicionario de Blake á la derecha en dos líneas, formando la primera las divisiones de Lardizabal y Ballesteros, la segunda, á 200 pasos, la de Zayas: la caballería expedicionaria y la del 5.º ejército al mando del conde Penne Villemur á la derecha de la infantería, tambien en dos líneas. El ejército anglo-portugués en una línea á continuación y á la izquierda de la primera española: la caballería inglesa junto al arroyo de Chicapierna; la portuguesa á la izquierda de toda la línea; tropas ligeras inglesas ocupaban el pueblo de la Albuera; la artillería inglesa y portuguesa á su inmediación. Cuando aquella mañana llegó Castaños con las divisiones de Kole y de España, pasaron estos á la izquierda de toda la posición, excepto un batallón español y la artillería, que se colocaron á la derecha de Zayas. Convínose, y se recibió como mas feliz acuerdo, en que mandaría en jefe el general que hubiera conducido mayor número de tropas, en cuyo concepto tocó aquel mando al mariscal inglés Beresford, á cuyo cargo iban ingleses y portugueses.

A poco tiempo aquella misma mañana se divisaron los enemigos por el camino de Santa Marta; una columna suya se acercó al riachuelo de la Albuera y rompió un vivo fuego de cañón; la artillería de los aliados se adelantó hácia el puente, y nuestra primera línea de infantería subió de frente á la cresta de la loma para mostrarse al enemigo. Mientras se sostenía el ataque por el frente, y los franceses á favor de los matorrales y quiebras se adelantaban á pasar los dos mencionados arroyos de Chicapierna y Nogales, observó Blake sus maniobras, de que se cercioró mejor por los oficiales del Estado mayor que envió á explorarlas, y visto cuál podría ser su objeto, se dispuso un cambio general de frente sobre la derecha, operación difícil, que se ejecutó con un orden, precisión y serenidad que no se esperaba de tropas españolas, y sorprendió á los extranjeros que lo observaban. Así cuando los

(1) Mas gente pensó reunir, puesto que el 4 de mayo escribía desde Sevilla al príncipe de Neufchatel (Berthier): «Parto dentro de cuatro días con 20,000 hombres, 3,000 caballos y 30 cañones, para arrojar al otro lado del Guadiana los cuerpos enemigos que se han derramado por Extremadura, libertar á Badajoz, y facilitar la llegada del conde de Erion. Si las tropas de este general se pueden reunir á las que yo llevo, y las que han partido del centro y del norte llegan á tiempo, tendré en Extremadura 35,000 hombres, 5,000 caballos y 40 piezas. Entonces doy la batalla á los enemigos, aunque se junte todo el ejército inglés que hay en el continente, y serán vencidos.» Ni aquellas tropas llegaron, ni se cumplieron sus halagüeñas ofertas.

franceses cruzaron los arroyos para envolver lo que suponían flanco, se encontraron con unas nuevas líneas de batalla en posiciones, y dispuestas á recibir el ataque.

Resistió primero la división Zayas, continuó su movimiento la de Lardizabal, y arremetieron luego con tal ímpetu algunos batallones de la de Ballesteros, haciéndose en tanto un fuego mortífero de artillería á cortas distancias, que el enemigo fué rechazado sobre sus primeras reservas; primer presagio del éxito feliz de la jornada. Recobrado no obstante el francés con la ayuda de la caballería de Latour-Maubourg, y protegido por su numerosa artillería, acometió de nuevo y logró colocarse en la cresta de las lomas que ocupaban los españoles. En auxilio de estos acudió la división inglesa de Stewart, que se puso á la derecha de Zayas, siguiéndole á lo lejos la de Kole. En medio del combate, que era terrible, sobrevino un furioso vendaval, acompañado de copiosos aguaceros, que impedía discernir lo que pasaba. A favor de esta confusión una porción de lanceros polacos se embocaron á escape por entre nuestra primera y segunda línea; embistieron al inglés por la espalda, y le hicieron 800 prisioneros y le cogieron algunos cañones. Creyendo los ingleses de la segunda línea desbaratada la primera, hicieron fuego sobre los polacos hácia el punto en que se hallaba Blake: afortunadamente este les hizo comprender pronto su error, y mandando luego que algunas compañías de la primera diesen frente á retaguardia é hiciesen fuego á los lanceros del Vístula, pagaron estos su audacia quedando tendidos en el campo. La pelea andaba brava; hacíanse descargas á medio tiro de fusil: combatiase en el puente; luchábase en el pueblo de la Albuera, que portugueses y españoles defendieron con valor y con brío.

Indeciso todavía el éxito de la batalla después de algunas horas de porfiado y sangriento combate, queriendo los franceses resolverle de una vez, se arrojaron sobre el ejército aliado en masas paralelas. Léjos de asustarse los nuestros, se lanzan á encontrarlos de frente, algunos en columna cerrada y arma al brazo como la división Zayas; pasma á los enemigos tal arroyo; titubean un instante, se arremolinan, retroceden cayendo unos sobre otros, se atropellan rodando por la ladera, y buscan amparo en la reserva situada al otro lado del arroyo. Su artillería y su caballería numerosa protege á los desbandados hasta reparar el Nogales, y van á situarse todos en la dehesa de la Natera en la entrada de un bosque, donde pasan la noche, y permanecen todo el día 17. En la mañana del 18 emprenden sigilosamente la retirada; nuestra caballería, inferior en número, se empeña demasiado en su persecución, y Soult consigue al menos marchar con cierta tranquilidad, hasta sentar sus cuarteles en Llerena el 23.

Tal fué la gloriosa batalla de la Albuera (2). Perdieron en ella los aliados, entre muertos y heridos, mas de 5,000 hombres, la mayoría ingleses: la pérdida de los franceses pasó de seguro de 7,000. De una y otra parte sucumbieron generales y jefes de graduación: murieron los generales franceses, Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazan, Maransin y Bruyer: de los ingleses quedaron muertos los generales Houghton y Myers, heridos Stewart y Kole: de los nuestros fué herido don Carlos de España, y á Blake le tocó en un brazo una bala de fusil, que por fortuna no hizo sino rasparle el cutis.

Grande alegría produjo en toda la nación la noticia de esta victoria. Las cortes declararon benemérito de la patria á todo el ejército que había combatido en la Albuera; decretaron una acción de gracias á los generales, jefes, oficiales y tropas de las tres naciones que concurrieron á la batalla; se concedió á propuesta de la Regencia la gran cruz de Carlos III al general; se dió por aclamación el empleo de capitán general á don Joaquín Blake; y lo que fué mas satisfactorio para el general regente, fué la desusada, y por lo mismo honrosísima

(2) Entre otras singularidades ó incidentes de esta batalla, merece notarse el de haber peleado en ella voluntariamente como soldado raso, y buscando los puestos de mas peligro, el general don Gabriel de Mendizabal, con objeto de rehabilitarse, como lo consiguió, en el concepto público, y recuperar la honra militar lastimada con el descalabro del 19 de febrero en Gévora. Rasgo digno de pundonoroso guerrero.